

vienen a pagar no es nuestra la culpa. Ya lo sabe usted. A este D. Anatolio Fernández y Rodríguez, mañana mismo, en cuanto amanezca, le pone usted los huesos en el pudridero.

Los dialogantes se alejaron.

Fué espanto, ira, desesperación, todo junto, lo que sintió el esqueleto de Anatolio.

Sus puños crispados golpearon violentamente la lápida, que saltó en cien pedazos rota; su calavera asomó por el hueco. Un gesto de trágica ironía contrajo el maxilar, rechinaron los dientes, la boca se abrió y, Anatolio, extendiendo las manos, clavando en el infinito las cuencas vacías de sus ojos, gritó con espantoso acento :

— Pero, ¿también aquí?...

EL HAMPÓN

## El Hampón.

### I

En las oficinas, acodado contra la saliente de un ventanillo, sobre el cual pintaron con negro la palabra JORNALES, recoge los suyos un hombre de piernas recias y ancha espalda. Bajo la chaqueta se dibujan poderosos los músculos del bíceps; los de la pantorrilla se apelotonan tras el remendado pantalón, poniéndole a punto de estallar cuando las piernas hacen firme. La cabeza del minero, embutida en el semicírculo que traza el ventanillo, apenas descubre ásperos remolinos de la barba azabache; un sombrero ancho con repujadura de mugre cae a ras de su nuca; por ella se desparraman mechones

rebeldes que se retuercen hacia arriba, para componer «tufos» encima de la oreja.

Cuatro manos vienen y van por una tabla que interiormente angula el ventanillo. Dos de estas manos, las que se mueven más adentro, pálidas, blanduchas, apilan en las tablas monedas; las otras dos manos, deshechuradas y callosas, cuentan las monedas y las hacen rebotar sobre el mostrador, una a una. Cuando rebota la última, la mano izquierda del minero sale del ventanillo y desaparece en los repliegues de la faja; vuelve a aparecer, extendiendo un pañuelo de hierbas; va el pañuelo a la faja, repleto de medias pesetas, pesetas y duros, y el hombre, apoyándose en los codos, endereza el busto dando frente a una puerta, por cuya vidriera, alambrada y sucia, se ciernen los rayos solares en átomos plumizos.

Aquella media luz recorta fantásticamente la imagen del minero. Su cuerpo, erguido, apoyado en las piernas, deja ver, por la camiseta desabrochada, un pecho velludo y un cuello de cíclope; sobre él posa con arrogancia la cabeza, mostrando, entre las marañas de la barba y del pelo, dos grandes ojos verdes que relampaguean bajo unos cejales endrinos, una corva nariz y unos labios que se contraen, descubriendo los dientes blancos, puntiagudos y cabales.

Fuera expuesto a equivocaciones precisar el co-

lor de la piel del hombre: cubierta se halla por el polvillo cenizoso que el mineral, al caer derribado por el pico, desprende; juntándose el polvillo al sudor, forma sobre el cutis de los mineros una pasta grisácea, donde los churretes toman apariencias de surco.

En la indumentaria, chaquetón, pantalones y camiseta pugnan a cuál es más harapo; el sombrero perdió la primitiva hechura, permitiendo a las alas caer con languidez senil y a la copa abollarse sobre la coronilla; unos borceguíes de piel de vaca acorream el pantalón contra las espinillas, y una faja negra de estambre da vuelta y más vueltas a la cintura, ascendiendo hasta el costillar; por entre la faja asoma la culata empavonada de un Smith; rozando la solapa izquierda del chaquetón y sacando por ella la tosca contera de cobre, dorea una faca de «catorce perrillas».

El minero, hosco, taciturno, sin dirigir la palabra a nadie, se abre paso por los trabajadores que aguardan la cobranza; abre la vidriera de un embite, guiña los ojos al poner los pies en la calle, como si la luz solar le estorbara, y, entrando en una taberna que hay junto a la oficina, dice al medidor que en reverencia le saluda:

— Larga un latigazo de lo fuerte, a ver si barro con él este maldecío polvillo.

— Pa barrerlo tó — responde el medidor — ne-

cesitarás el barril. Debes tener ahí dentro un depósito. ¡Como que doblas y sales de quincena a quincena!...

— Y eso — responde el cortador — porque algún día sa menester descansar unas miajas y ajumarse a conciencia.

— Hoy vas a las dos cosas.

— ¡A ver, tú, qué vida!... ¿Pa qué trajino como un mulo? Pa ganar más dinero que otros y pa gastarme ese dinero más pronto y mejor que tós los demás juntos. Ya me estorba este puñao de pesetas y duros que llevo tintineando en el pañoete de hierbas. ¡Y miá si seré bruto yo, que hago ñúos en el pañuelo! Ni que lo fuese a ahorrar. ¡Lo que es la costumbre!... Lo ve uno añudar desde chico; lo añudó de grande algunas veces. ¡Y velay! ¡Ea, eal! ¡Fuera trompiezos!... Medio cuartillo, ¿sabes? Después de tó, cuando güerva a mi alcoba hecho un zoque, ni estorbaré a denguno ni tendré que pagar la puerta. Las galerías abandonás, son anchas y están solas; allí no hay quien cobre el pupilaje; ni los «chinos» (1); como no hay hombres que los sacúan con el pico, pues se están quietos y no caen. Echa medio cuartillo. Pa empezar la limpieza del tubo me paece que es lo propio.

Mientras el medidor llena de aguardiente un vaso

(1) Bloque de piedra.

hasta los bordes, el minero saca el pañuelo de hierbas de la faja, lo desanuda, lo extiende encima de una mesa y va repartiendo a puñados, sin contarlos, por sus bolsillos pesetas y medias pesetas y duros.

— Es así más cómodo — dice —. Mete uno los deos en cualquiera de estos boquetes, y por entre los deos va sangrando más de prisa la pasta que en los hornos de fundición.

— No durará mucho ese dinero entre los tuyos — interrumpe un hombre de veinticinco a veintiséis años, que juntamente con algunos sujetos apura vasos de Montilla.

Distínguese el hombre por su más esmerado traje entre los concurrentes al tabernucho aquel. Minero fué; pero al presente es jugador de oficio y pone su empeño en que le cedulen de aliñado y buen mozo.

Aguardando la hora de su «talla», va puro en boca y bastón en diestra; entróse por el despacho tabernario, hecho un brazo de mar, para tormento de envidiosos y respeto de bravucones.

Porque Román el *Zurdo*, a más de buen mozo y bien vestido, es capaz de tener a raya al más guapo. Por lo menos, hasta la fecha, ninguno le echó el pie delante sin que él se lo pisara, y fuerte.

— ¿Qué decías? — pregunta el minero astroso a Román, limpiándose con el dorso de la mano izquierda el bigote.

— Decía — contesta el valentón — que poco te durará la plata. Ya se encargarán de liquidártela en un amén las zurripamplas de *La Buena Sombra*; y añadido que no te fuera mal del tó reservar algunas pesetas pa cambio de ropa y rapao de pelo. En güena forma hablo lo que hablo, y por amistá y por mor de darte un consejo. No vale la pena de estar aperreo medio mes pa tirarlo tó en dos horas y metérselo en el bolsillo a palomas viajeras que hoy vuelan aquí y mañana arremontan y me alegro de haberte visto. ¡Mozo!... Toma en nuestra mesa una copa.

— No es mi hora del vino. Esta es pa mí la hora del aguardiente. Con él empiezo y con él acabo, cuando acabo; vamos, cuando la plata anda en las últimas. Pues oye, Román — sigue, luego de dejar mediado el segundo vaso de alcohol —. Ca uno vive como quiere, y en el vivir de otros denguno se tié que meter. Esto también lo digo en amistá, y al respective de la tuya. Con la mala vestimenta que traigo me paezco yo un rey mesmamente, y ni por el rey de España me cambio en tan y mientras que los duros me golpeen en los bolsillos, y esta faca asome por acá, y este culatín me reluzca entre los pliegues de la faja, y estas dos manos sepan cómo se deja sin balas un revólver y sin vaina un cuchillo.

— ¡Jorgel — interrumpe el otro.

— Es un decir, y a nadie va que vaya por derecho. Mal harás en tomarlo a envite; yo nunca los juego, y si los admito alguna vez es porque me los echan. Respective a las del café, vaya, que sin que el sastre me reforme, ni el barbero me pele, alguna hay que... Por mis pesetas será; pero cuando llego yo a su turno, me prefieren a los güenos mozos que a diario les tienen encantaos. Y esto sí que va dicho sin segunda, porque a mí las mujeres... Por quinceñas y hasta otra, como el ventanillo de *Jornales*. ¿Qué te debo, muchacho? Señores, buena noche y salud.

El minero, girando sobre los talones y recogiendo de su bigote con la lengua las últimas gotas de aguardiente, abandona el local.

Marcialmente camina.

Más que un obrero sin afectos ni hogar, parece un duque satisfecho.

Al despedirse puso en su gesto y en su voz un aire retador; había hablado como diciendo: «Que salga y me siga el que se atreva.»

— Ése — dice Román — está buscándole los tres pies al gato. Pa mí que se los encuentra una noche o una mañana, que los trompiezos no tienen hora fija.

— Mal harás en meterte con ese hombre, Román — murmura el tabernero al oído del *Zurdo*.

— ¿Por qué?...

— Porque te lo digo yo, que voy a viejo y he visto en el mundo muchas, pero muchas personas.

— Y con eso, ¿qué quiés significarme?

— Que dejes a cá mosca con su vuelo. Créemelo, Román: pa cualesquier hombre, es mucho hombre ese *hampón*.

## II

¡Un hampón! Así llaman los mineros a los bohemios de la mina, a los pródigos haraposos que gastan en breves horas de embriaguez y lujuria el jornal que en horas ímprobas de faena recogen.

Todos ignoran en la mina la procedencia de estos hombres. Llegan, mejor dicho, surgen un día o una noche en cualquier taberna con la misma indumentaria que han usado tal vez desde muchos años antes de su arribo y que seguirán ostentando después; con el mismo aspecto sucio y feroz; el mismo puñal en la chaqueta y la misma pistola en la faja.

¿Salen del monte, huyendo persecuciones de la Guardia civil? ¿Del presidio, burlando en su vigilancia a los carceleros? ¿De un burdel donde su faca les dió acero para matar y su astucia o el amor de una prostituta ocasión de evadirse?

Nadie lo sabe. Nadie tampoco lo pregunta. En la mina no se pregunta esto jamás. Si se anduviera con tan ridículos reparos, faltarían obreros. Con quienes desafían la muerte a diario hay que tener un poco ancha la manga.

En las propias oficinas mineras apenas saben el

nombre de los trabajadores; basta saber el del jornalero que hace en las cuadrillas cabeza.

Para lo que interesa a los propietarios y directores del negocio, no estorban la calidad moral y la procedencia del minero. Sea éste quien fuere, venga de donde venga, ni comete delitos, ni provoca reyertas en el interior de la mina. En ella es un soldado que a otros se une para la conquista del mineral. Un instrumento más durante la faena; en los trances de peligro, un hermano más. Los mineros disputan, riñen, se desafían y se matan lejos de los pozos y talleres, valga la frase, extrafronteras. Esto a los directores de la mina les importa muy poco; a los accionistas, claro que les importa menos.

El *hampón* aparece en cualquier taberna, pide trabajo a un «destajista», a un jefe de cuadrilla; entra en el pozo, empuña el pico y ¡a cortar mineral!

A las pocas semanas su valor, su total desprecio a todo peligro, le conquistan puesto de honor entre los suyos.

¿Dónde come? En una cantina, la más próxima al pozo. ¿Dónde duerme? Acaso en el fondo de una galería abandonada. Sus compañeros no le ven más que en la tarea; sus jefes, al reflejo lívido de los candiles; los empleados de la Administración, cuando va a cobrar los jornales.

Ese día, el de la quincena, el *hampón*, el cortador incansable del plomo, reaparece en la ciudad enne-

grecido y harapiento, fosca la barba, luenga la cabellera, alegre el gesto y vacilante el viaje de sus pies, hechos a tantear abismos.

En la primera taberna apura el primer vaso y cambia el primer duro de los recibidos en la Caja. Luego de recorrer tabernas se dirige al cantante; allí corea las coplas, convida a los *artistas* y alterna con las bailaoras. Del cantante pasa al café de camareras; reúne a las mujeres en torno de su mesa, les paga espléndidamente sus carantoñas y arrumacos, gasta en Jerez su plata, satisface su prodigalidad, logra su ansia brutal de goces; la hartura de ellos con las pesetas últimas en un burdel cualquiera, y de aquella horrible cámara nupcial sale cuando el alba despunta, para dirigirse a la boca del pozo y bajar a él tambaleándose en la plataforma del ascensor, y perfora la piedra, y carga el cartucho, y sube la escala de esparto tarareando una taranta mientras a sus espaldas cruje el bloque y revienta la dinamita.

Así vive este hombre que acaso no tiene familia, ni amigos, ni derechos sociales, ni nombre que pueda pronunciarse en voz alta.

Así vive en la mina donde trabaja, silencioso, hurraño, enigmático, aguardando que un «chino» le aplaste los sesos o que el ácido carbónico traiga a sus pulmones la asfixia. Si los bloques le respetan y el ácido carbónico no le quiere matar de golpe,

muerto aparecerá un día cualquiera en su dormitorio de roca, en la abandonada galería, con la bolsa-pañuelo apretada entre la camisa y la punta de la faca asomando por una solapa del remendado chaquetón.

## III

Jorge—así aseguraba llamarse y nadie vino a desmentirle ni nadie tampoco se ocupó en contrastar la veracidad de su dicho—era un minero hampón. Como todos los de su casta, surgió cierta noche en una taberna de la ciudad minera. Echó tasca adentro, con las manos ocultas entre los pliegues de la faja, la camiseta desabrochada sobre el pecho desnudo, las alas del sombrero sirviendo de toldo a sus ojos ceñudos y, las barbas y cabellera, de matorral emboscador al resto de su cara. Asentó frente a una mesa libre de parroquianos; paseó las verdes pupilas por todos los rincones, pidió un cuartillo de aguardiente, y después de apurarlo a tragos anchos, con unción y recogimiento de místico que ante la imagen de culto consagra, encaróse con el *Moreno*, el tabernero, un antiguo cortador de mineral y de carne de prójimo, si se terciaba el caso, y le preguntó, hundiendo la barba entre los puños y mordiendo con sus dientes puntiagudos la interrogación:

— Usté perdone la pregunta. ¿Habrà en este pue-

blo trabajo pa un hombre que no se asusta de los barrenos, de la piqueta y del arsénico?

— Pa esos hombres siempre hay trabajo aquí.

— Entonces ponga otro vaso de lo mismo y dígame a quién tengo que encaminarme pa escomenzar pronto la faena. No es que me apure. Aun traigo alguna plata — e hizo sonar en su bolsiilo un puñado de duros —; pero vaya, que... Uno se entiende... Y, a la cuenta, el trabajo quita otros trabajos que la cabeza, por sus adrentos, se pué traer que traer.

— Jefe de cuadrilla necesitao de un obrero pa la suya lo tiés : Bastián. Ayer un «chino» entortilló los sesos al más fornío de sus hombres.

— Aquí hay otro pa rellenar el hueco.

— ¿No te asusta el peligro?

— He pasao la edá de los sustos.

— ¿Eres del oficio?

— Pa mover un pico sólo hacen falta brazos y voluntá. Voluntá la tengo. Brazos... Me paece a mí que éstos sirven pa tó, amigo.

Y el desconocido, enderezando el cuerpo, tendió al aire sus dos brazos de atleta.

— El trabajo de la mina es muy perro.

— Peores los hay... y se sufren.

— ¿Peores?

— Mu peores.

— ¿Peores?

— Peores — contestó el preguntado, engarfiando los dedos contra los bordes de la mesa y velando, con un frunce de párpados, el brillo sombrío que adquirieron sus ojos verdemar.

El tabernero, tras un gesto enigmático, dijo:

— Tienes razón; peores los hay. Bastián — agregó poniendo sobre la mesa dos copas llenas de Cazalla y sentándose frente al huésped —, Bastián es sujeto de confianza. Con tal que sus obreros cumplan, no se mete en averiguarles la vía. No tardará en venir. Si es que no tiés prisa tú...

— Denguna.

— ¿Y hospedería, tiés?

— Me ocurre lo mesmo que con la prisa.

— Si hablas con Bastián y te ajustas, que te ajustas con él, su hermana alquila camas y hace de comer a los mineros sin familia. Es limpia y no pone caro la vieja. Aquí está Bastián.

El trato quedó hecho con media docena de palabras e igual número de copas de aguardiente bebidas con fruición. Aquella noche se hospedó Jorge — así dijo llamarse — en casa de la tía Indalecia, la hermana de Bastián.

Antes de caer en el camastro, ya colgada la ropa exterior en un clavo, el hombre desabrochó de un tironazo su camiseta de franela, y sacando por la abertura una como reliquia presa a un cordón azul, estuvo contemplándola a la luz pálida del candil.